





os Andes son mágicos, ¿quieres descubrirlo?”, le había dicho su padre. Y él, que tenía prisa por entrar a Internet a chatear y jugar con sus amigos, le había contestado que sí, que seguro le encantaría. Sólo al día siguiente, cuando su padre anunció que le tenía una sorpresa, un viaje a la sierra, a casa de la tía Yola, Lorenzo intentó resistirse, pero era tarde.

—Pero yo quiero ir a la playa, de campamento.

—Sí, hijo, lo haremos a fin de mes, a nuestro regreso. Ya hablamos con tu tía Yola por teléfono, y reservamos tu pasaje. Surgió un contrato, y tu mamá y yo debemos hacer una gira por Colombia y México. Sólo son dos semanas. Es un asunto de trabajo; si no, vendrías con nosotros.

—Pero yo no...

—El lugar es fantástico, hijo. Después vas a querer volver siempre, ya verás. Además, estoy seguro de que te divertirás con tus primos.

Y el asunto había quedado cerrado sin apelación.

“Psst... Qué roche. Qué dirán los del barrio”, fue lo primero que pensó Lorenzo cuando se convenció de que no había nada que hacer. “¿Y si les digo que voy con un encargo familiar?... No, se reirán de mí. Mejor les cuento que es por una enfermedad de la tía. Claro, y que tengo que ir a ayudar... mmh... tampoco,

suena muy tirado de los pelos. Mejor les digo que me voy y punto, y que piensen lo que quieran”.

Cruzó la amplia avenida y por un momento pensó que quizás lo único bueno de aquel viaje iba a ser ya no cruzar las calles a salto de mata, evadiendo el peligro y hasta el ruido insoportable de los buses y automóviles que corrían como alma que lleva el diablo. Pero, después: “pucha, qué aburrimiento debe haber en un pueblito donde no pasa nada”.

—Al fin llegaste, oe, hace ratazo que estamos esperándote —le gritó el flaco.

—Ya nos íbamos, los del grupo ya deben estar por irse —completó el gordo.

—Lo siento, es que me demoré por un asunto. Pero vamos, todavía deben estar ahí —contestó Lorenzo. Miró a sus amigos y dudó si contarles lo del viaje o no. “Mejor se lo digo cuando estén todos, y les tapo la boca diciéndoles que viajo solo, o sea que ya estoy grande, tan grande que mis padres me envían solo”, pensó.

En la puerta del local de Internet se reunieron todos, y después de algunas bromas, entraron y se sentaron en varias cabinas unipersonales. El juego estaba por comenzar.

—Ya chicos, ¡a globalizarnos!

Sólo después, cuando los amigos, enterados de su viaje, envidiaron su suerte y le hicieron toda clase de encargos, Lorenzo se sintió inflado como un pavo y picado por la curiosidad. “Total”, se dijo, “no importa cómo me vaya; a ellos les diré que la pasé de película”.





En la distancia, el pueblito parecía un adorno de Navidad pegado entre los cerros verdes y colorados. “Parece una postal”, sonrió Lorenzo, apretando su mochila.

Las montañas crecían mientras el ómnibus descendía hacia el valle dando tumbos entre las piedras del camino. “Algunas montañas no se ven como cerros normales”, se dijo asombrado con la nariz pegada a la ventana. “Parecen un sándwich de muchas capas, tres o más”.

Comer... comer y llegar, era todo lo que quería. Hacía muchas horas que viajaba en aquel ómnibus rumbo a donde no le temía a los abismos. Al fin, el vehículo terminó de caracolear por el camino e ingresó al pueblo.

Con un suspiro de alivio y hambre, Lorenzo miró la soleada placita central llena de flores donde sus familiares lo esperaban. La tía Yola y los tres primos lucían la sonrisa dominguera y el aire olía a eucalipto y frutos del lugar. Lorenzo aspiró profundamente, como absorbiendo todo ese encanto, se acomodó la mochila y bajó dando saltitos hacia unas vacaciones distintas a las que había planeado tener.



Frente a la mesa alborotada por su llegada, sonrió ampliamente cuando la tía Yola le anunció el primer plato.

—Vas a tomar un chupe de viernes, que es una sopa típica de este rincón del mundo.

“Gracias, tía, desde el fondo de mi estómago” se dijo satisfecho. Lorenzo aspiró el humeante plato colocado delante de él y empezó a comer sin perder tiempo.

—Mmh, qué rica sopa, tía, no sé por qué en la ciudad las sopas no tienen este sabor.

—Es porque aquí tienen el sabor de las hierbas andinas, sobrino. Esta sopa tiene muña y paico, por ejemplo, hierbas que sembramos en nuestro huerto.

—¿El huerto está cerca de la casa?

—Cerca no, está en la casa, detrás de la casa, ya lo verás —contestó la tía.

Pero Lorenzo ya no escuchaba. Estaba concentrado en el sabor del Ande, aderezado además con las bromas de los primos que, tenía que reconocerlo, eran muy divertidos. “Después de todo”, pensó, “quizás estos días no serán tan aburridos como que imaginé”.

—Muestren a su primo el huerto —dijo finalmente la tía Yola, levantando los platos vacíos.